

DE UN BISTROT PARISIENSE A LA CORTE DE UN PRINCIPE ORIENTAL

(CUENTO)

Darío Lara



¡Mediodía!... y de las Oficinas que rodean la Plaza Rfo de Janeiro, junto al espléndido Parque de Monceau, funcionarios, empleados, trabajadores de toda condición y catadura comienzan a llenar los restaurantes, los bares y cafés de ese elegante barrio parisiense. En los días de verano (persuadidos, como en la frase stendhaliana, "que la sola belleza del clima basta para la felicidad") buscando el sol y un poco de aire; en los de invierno, una temperatura abrigada, una bebida caliente. Todos anhelando encontrar a alguien para conversar, dialogar y olvidar. Están lejanas las últimas vacaciones con sus mil recuerdos; están lejanas también las próximas, con tantas ilusiones.

De todos aquellos bares y restaurantes, ninguno tan atractivo y por lo mismo tan concurrido como el "bistrot" sobre la Plaza y la calle Monceau. En los tristes años que siguieron a la última guerra, cuando le frecuentamos por vez primera, inexpertos estudiantes, un brasero colocado en medio de la pieza distribuía su calor de carbón a quienes añorábamos el sol tropical de la tierra lejana. ¡Recuerdos! Era difícil aclimatarse por entonces en ese París desprovisto de tantas cosas que creíamos esenciales. Pese a nuestra condición de "becarios" y los famosos "tikets" para el pan, la mantequilla, el azúcar y aquella bebida infecta que llamaban "café", todo estaba racionado.

Todo y más cierto sentido de hospitalidad.

A medida que pasaron los años, cambiaron los patronos y se realizaron muchas mejoras. La cocina "a la francesa" recobró su reputación. Se vio por entonces frecuentarlo hasta a funcionarios de una Embajada vecina, cuando entre sus miembros asomaba la típica silueta de un periodista metido a "diplomático" que desde su claraboya parisiense remitía a un diario quiteño sus "crónicas de otros lunes". Admirables por la viveza de un estilo personalísimo; no siempre muy objetivas y conformes con la realidad. Se veía también por allí a su joven acompañante que dejando de lado las ciencias políticas y económicas, prefirió los caminos de las letras y las artes. No le faltó razón, pues ha hecho una brillante carrera.

Los parroquianos del "bistrot" de la calle Monceau lo frecuentan ahora por su sabroso bistec, las más deliciosas patatas fritas del barrio y el excelente "pinard", especialidad de los nuevos propietarios auverneses. Pero, hay otro motivo que atrae a los clientes de aquel modesto lugar.

- Una "clorofila" (ensalada) para el número 3,
- Un "calandos" (camembert) para el 9,
- Un "yoyó" (yogur) para el 6,
- Un "pinard" para el 12,
- Tres "jus" (café) para el 2...

La voz deliciosa que así lanzaba los pedidos para sus clientes, era la de Solange, personaje excepcional que animaba el "bistrot", el barrio. Una silueta cincelada como un Giacometti o desprendida de la "primavera" de Botticelli. Un rostro comido por dos grandes ojos azules; las piernas finamente modeladas y que parecía nunca terminaban; alegre y ligera, su sonrisa se distribuía entre todos los clientes. No pensaba seguramente que al sembrar tanta felicidad se deja necesariamente un gran vacío.

¿Por qué misteriosas circunstancias

vino Solange a aterrizar en este "bistrot", cuando se murmuraba —y sus rasgos físicos eran la prueba más palmaria— que había trabajado en el cine y doblado en algunas escenas a la maravillosa Danielle Darrieux, allá por los años 50? Solange (pronto sus familiares añadieron "Solange mon ange" o simplemente la llamaban "D-D") denunciaba, en efecto, extraordinaria semejanza con la célebre artista de "Rojo y Negro", de "Katya" o de "Meyerling". Como en D-D, en Solange se podía admirar aquella alianza de un hechizo etéreo, aquel blondo suave y esa buena salud que reflejan sus mejillas; flotando constantemente en su alrededor la luz azulada de sus ojos. Los pies sólidamente asentados en tierra; el pensamiento más cerca de las nubes y las estrellas; conciliando de manera inesperada lo prosaico de

su trabajo con la amabilidad, la gracia que difundía su persona. A su sonrisa imborrable, se unían rasgos de sutileza de sentimientos y fantasía que denunciaban a una dama parisiense escapada de uno de los salones del gran siglo. Por cierta innegable coquetería, parecía descuidar un poquitín su tocado. Dice las cosas más simples, pero, a veces, con una sabiduría y un tono indefinibles. Mujer hecha de pequeñas contradicciones, no cesa de interrogarse; no cree en nadie y cree en todo. Sólo una persona ocupa su pensamiento: su anciana madre que termina sus días allá en algún rincón olvidado de la Beauce, en uno de esos caseríos a los que se va en busca del tiempo perdido.

- "Una clorofila... un calandos... un pinard", términos que resuenan casi como una canción que se prolonga. "¡Solange, mon ange, te has olvidado de mi ... D-D, espero la adición..." Y el bullicio, la agitación aumentaban más y más. Para todos, Solange tiene la respuesta inmediata, el pedido exacto, la sonrisa a flor de labios, la mirada ardiente y, de cuando en cuando, un ligero guiño a quienes consideraba como sus preferidos o los viejos clientes que frecuen-

taban el "bistrot" más que por el bistec, las patatas fritas o el afejo pinard: por la encantadora presencia de Solange.

Entre los clientes más asiduos de nuestro "bistrot", de los más entusiastas admiradores de D-D, ninguno como aquel jovencito de rasgos marcadamente orientales y con la prestancia de un príncipe de Mil y una Noches. El padre, un diplomático árabe; la madre, una parisiense, conocida artista de teatro. Se decía que era inmensamente rico y que trabajaba en una importante sociedad petrolera cuya oficina estaba en el mismo inmueble del "bistrot". Todos le admirábamos por ese su aspecto de felino, de seductor que debió hacer más de una víctima. Y muy ameno, conversador, con ese ligero encanto de uno de los personajes de la Sagan: mitad gracia, mitad misterio. Con un profundo sentido de las realidades; casi modesto. "Le prince", como le llamábamos muchos clientes, cuando entraba en el "bistrot", todos le saludábamos; a todos respondía con una ligera sonrisa. Hasta Solange se detenía un instante para lanzarle también una de esas miradas de que sólo ella tenía el secreto. Si el príncipe frecuentaba el "bistrot" —para nadie era un misterio— no era por motivos económicos. Razones más poderosas le atraían a ese lugar. Al franquear esas puertas, al contemplar la silueta de Solange, más de una vez, la frase de Valéry debió resonar en su interior: "de tus labios, el rayo cayó sobre mí".

Sentados en "El Scossa", delicioso restaurante de la Plaza Víctor Hugo, conversamos esta tarde con D-D. Es su día libre y hemos resuelto cenar juntos. Lejos de las actividades del "bistrot", hoy es una de tantas chiquillas de aquel elegante barrio y, desde luego, atrae las miradas de muchos transeuntes. En realidad, según su confesión, muy jovencita, casi una niña, había preparado el Conservatorio y se imaginaba una carrera en el teatro, en el cine. Tuvo sus primeras actuaciones prometedoras y fue

cuando efectivamente estuvo junto a Danielle y dobló algunas de sus escenas.

Pocas veces como en aquella tarde estuve tan cerca de su alma y tuve la oportunidad de escuchar verdades tan sencillamente expuestas y tan sublimes de labios de una empleada de "bistrot". Este diálogo fué para mí un testimonio conmovedor, excepcional, definitivo. Por momentos, su conversación se interrumpía con largas pausas. Más que cualquier otro, el mundo del dolor es un mundo de silencios... Sus sueños, sus ambiciones, muy pronto se hundieron bajo las bombas de los trágicos días de la guerra. Su casa fué reducida a escombros. Perdió a casi todos los miembros de su familia. Hasta el joven aviador que le había ofrecido el anillo de noviazgo, desapareció con su avión en el Mar del Norte. Tan sólo se salvó su madre. Desde entonces, le fué imposible seguir su carrera de arte. Perdió todo resorte. Le faltaron el ánimo, el deseo de trabajar, de conquistar el triunfo. Meses y meses pasó en un estado de semi inconciencia, en espera de la muerte, pues hasta intentó suicidarse. El encuentro con Jean (el mozo del Café frente al "bistrot") vino a salvarle del naufragio. Recobró sus fuerzas. Jean le consiguió este modesto trabajo, pero seguro en el que podía ganar decentemente su vida y ayudar a su madre. Pronto le gustó el trabajo, el contacto con la gente, con tantas personas que a diario le manifestaban su simpatía. Todo esto acabó por curar las heridas de su alma. Hoy ama su trabajo, se siente casi, casi feliz y no lo dejaría para volver a ningún escenario. Mi dolor lo he tomado como un instrumento de trabajo, debe decirse. ¡Admirable Solange!

Han transcurrido los largos días de Navidad y de Año Nuevo y se han vuelto a abrir las puertas de nuestro "bistrot", cerradas en aquellos días de festividades. Los clientes lo llenamos nuevamente. Pero, hoy... todos estamos tristes. Un aire de melancolía se respira en los rostros. Se

habla en voz baja, casi como quien confía un secreto: ¡Solange ya no está! ¡Solange se ha ido! ¡Sueños, sueños... nada más cruel como los sueños que, a veces, se realizan!

Para muchos, este desenlace se hacía sentir. Lo veíamos llegar. Nuestro joven príncipe logró convencer a D-D y de regreso a su lejano país, como el más precioso recuerdo de París, junto a los vestidos y perfumes de Dior, a las vajillas y cristalerías de Sèvres y de Baccarat, a los vinos y champañas de los vifedos más reputados... se llevó a los jardines de su palacio oriental, aquella flor de los jardines de Francia. ¡Se llevó a Solange!

Pasados los primeros días de nostalgia, de cierto ambiente de lasitud y tristeza, finalmente los clientes del "bistrot" —el tiempo es el mejor médico de todos los pe-

sares— recordando a Solange estábamos conformes, casi felices el que haya dado semejante salto: de su "bistrot" al palacio de su príncipe. Regalo de Año Nuevo, llegó al "bistrot" una tarjeta de Oriente, en la fiesta de los Reyes Magos. Era un cálido recuerdo de Solange para todos sus clientes y amigos. Siguiendo sus instrucciones, el patrón destapó no sé cuantas botellas del mejor champaña de su bodega y todos brindamos por la nueva princesa de Oriente.

Aun en los años del plástico y de los robots, nadie desdeña que se realice un cuento que parecería de Mil y una Noches.

Chêne-aux-Dames/Nbre. 1983

